

ENTRE LAS CUERDAS
Cuadernos de un aprendiz
de boxeador

por
Loïc Wacquant



LA CALLE Y EL RING

Del mismo modo que no se podría comprender lo que es una religión instituida como el catolicismo sin estudiar con detalle la estructura y el funcionamiento de la organización que le da cuerpo —en este caso la Iglesia romana—, tampoco se puede dilucidar la importancia y el arraigo del boxeo en la sociedad norteamericana contemporánea —o, al menos, en las franjas inferiores de la esfera social de donde emana, para acabar librándose, una y otra vez, de una extinción periódicamente anunciada como inminente e inevitable—, sin examinar la trama de relaciones sociales y simbólicas que se tejen en el interior y alrededor del gimnasio, núcleo y motor oculto del universo pugilístico.

Un *gym* (según el término consagrado en los países de lengua inglesa) es una institución compleja y polisémica, sobrecargada de funciones y representaciones que no se ofrecen inmediatamente al observador, ni siquiera al buen conocedor del lugar. En apariencia, sin embargo, ¿qué hay más común y corriente que una sala de boxeo? No hay duda de que aún se puede aplicar, palabra por palabra, la siguiente descripción de George Plimpton del famoso Gym de Stillman de Nueva York, en los años cincuenta, a cualquier sala de la Norteamérica urbana de hoy; así de sólidos resultan los hechos

que ordenan la disposición de este lugar: «Por una escalera oscura se accedía a una lúgubre sala, muy similar a la bodega de un antiguo galeón. Antes incluso de que los ojos se acostumbraran a la penumbra, se distinguían los ruidos: el slap-slap de las cuerdas cada vez que alguien saltaba con fuerza sobre el entarimado, el sonido apagado del cuero al golpear las bolsas, que se balanceaban y entrechocaban colgando de sus cadenas, el crepitar de los *punching-balls*, el rechinar sordo de las botas sobre la lona del ring (había dos rings), los resoplidos de los boxeadores al respirar por la nariz y, cada tres minutos, el sonido estridente de la campana. La atmósfera tenía algo de crepúsculo en una jungla fétida»¹ *.

El *gym*, como vamos a ver, es la forja en la que nace el púgil, el taller donde se fabrica ese cuerpo-arma y escudo que él lanza al ataque en el ring, el crisol donde se pulen las habilidades técnicas y los saberes estratégicos cuyo delicado ensamblaje hace al combatiente completo; el horno, en definitiva, donde se mantienen la llama del deseo pugilístico y la creencia colectiva en lo bien fundado de los valores autóctonos, sin la cual nadie se arriesgaría a estar entre las cuerdas durante mucho tiempo. Pero el gimnasio no es sólo eso, y su misión técnica reconocida —transmitir una competencia deportiva— no debe ocultar las funciones extrapugilísticas que cumple para quienes llegan allí a comulgar con este culto plebeyo de la virilidad que es el Noble Arte. Ante todo, el *gym* aísla de la calle y desempeña la función de escudo contra la inseguridad del gueto y las presiones de la vida cotidiana. A modo de *santuario*, ofrece un espacio protegido, cerrado, reservado, donde uno puede sustraerse a las miserias de una existencia vulgar y a la mala fortuna que la cultura y la economía de la calle reservan a los jóvenes nacidos y encerrados en el espacio vergonzoso y abandonado de todos que es el gueto negro. El *gym* es, además, una escuela de moralidad en el sentido de Durkheim, es decir, una máquina de fabricar el espíritu de la disciplina, la vinculación al grupo, el respeto tanto por los demás como por uno mismo y la autonomía de la voluntad, aspectos indispensables para el desarrollo de la vocación pugilística³. Por último, el gimnasio es el vector de una desbanalización de la vida cotidiana al convertir la rutina y la remodelación corporal en el medio de acceder a un universo distintivo en el que se entremezclan aventura, honor masculino y prestigio. El carácter monástico, casi penitencial, del «programa de vida» pugilístico transforma al individuo en su propio campo de batalla y lo invita a descubrirse o, más bien, a crearse a sí mismo.

* Esta descripción es válida para el conjunto urbano de los Estados Unidos y para la mayor parte de los países industrializados: las salas de boxeo del mundo entero se componen más o menos de los mismos elementos y se parecen unas a otras hasta confundirse².

Y la pertenencia al *gym* es la marca tangible de haber sido aceptado en una cofradía viril que permite despojarse del anonimato de la masa y, en consecuencia, granjearse la admiración y el reconocimiento de la sociedad local.

Para percibir estas diferentes facetas del *gym* y detectar la protección y beneficios que procura a quienes se ponen bajo su égida, es necesario y suficiente seguir a los oscuros infantes del Noble Arte en el cumplimiento de sus tareas diarias, adoptando su riguroso régimen, indisolublemente corporal y moral, que define su estado y sella su identidad. Eso es lo que yo hice durante tres años en un gimnasio del gueto negro de Chicago, donde me inicié en los rudimentos del oficio y donde, a partir de la amistad con los entrenadores y boxeadores del lugar, pude observar *in vivo* la génesis social y el desarrollo de la carrera pugilística.

Como reflexión sobre una experiencia de aprendizaje que aún no ha concluido, la primera parte de la presente obra persigue un triple objetivo. En primer lugar, recabar datos etnográficos precisos y detallados, adquiridos mediante la observación directa y participante, referentes a un universo social poco conocido, pese a lo extendidas que están las representaciones que suelen hacerse de él. Sobre esta base documental se extraerán después algunos de los principios que organizan este complejo de actividades específicas que es el boxeo tal como se practica hoy día en el gueto negro norteamericano, poniendo claramente a la luz la regulación de la violencia que efectúa el gimnasio a través de la relación bífida, hecha de afinidad y antagonismo mezclados, que vincula la calle y el ring. Por último, añadiremos una reflexión sobre la iniciación a una práctica en la que *el cuerpo es al mismo tiempo arma, bala y blanco*. Es decir, nuestro objetivo no es ni inculpar ni disculpar a este deporte conocido por ser el más «bárbaro» de todos, elogiado y condenado por igual, cargado de vergüenza y reverenciado*, sino, más bien, sugerir lo que su lógica específica, y en especial la de su aprendizaje, puede enseñarnos sobre la lógica de cualquier práctica**.

Anticipando las primeras enseñanzas de esta iniciación, podemos adelantar que el aprendizaje de lo que podríamos llamar el *hábito pugilístico* se funda en una doble antinomia. La primera consiste en que el boxeo es

* Una cita entre mil: «No es casual que el boxeo haya sido el deporte que ha inspirado a mayor número de cineastas y novelistas de talento. En nuestra civilización es un arcaísmo, una de las últimas barbaridades consentidas, el último espejo autorizado aún a reflejar nuestro lado sombrío»⁴.

** Según Pierre Bourdieu, «el deporte es, con la danza, uno de los terrenos donde se muestra con mayor agudeza el problema de las relaciones entre teoría y práctica, y también entre el lenguaje y el cuerpo. [...] La enseñanza de una práctica corporal [encierra] un conjunto de cuestiones teóricas de primera importancia, en la medida en que las ciencias sociales se esfuerzan por construir una teoría de las conductas que se producen, en su mayor parte, a este lado de la conciencia»⁵.

una actividad que parece situada en la frontera entre naturaleza y cultura, en el límite mismo de la práctica, y que, sin embargo, requiere una gestión casi racional del cuerpo y del tiempo, una gestión, de hecho, extraordinariamente compleja, si no sabia, cuya transmisión se efectúa de modo práctico, sin pasar por la mediación de una teoría, sobre la base de una pedagogía implícita en su mayor parte y poco codificada. De aquí nace la segunda contradicción, al menos aparentemente: el boxeo es un deporte individual, sin duda uno de los más individuales, puesto que pone físicamente en juego —y en peligro— el cuerpo de un único contrincante, cuyo aprendizaje adecuado es, sin embargo, profundamente colectivo, especialmente por lo que supone de creencia en el juego que, como todo juego de lenguaje, según Ludwig Wittgenstein, se origina y se mantiene únicamente por el grupo que lo define, siguiendo un proceso circular. Dicho de otro modo, las capacidades que tornan completo al púgil son, como toda «técnica del cuerpo», según Mauss, «obra de la *razón práctica colectiva* e individual»⁶.

Hacerse boxeador es, en definitiva, apropiarse por impregnación progresiva de un conjunto de mecanismos corporales y de esquemas mentales tan estrechamente imbricados que se borra la distinción entre lo físico y lo espiritual, entre lo que supone de capacidades atléticas y lo que tiene de facultades morales y de voluntad. El boxeador es un engranaje vivo del cuerpo y del espíritu, que desdeña la frontera entre razón y pasión, que hace estallar la oposición entre la acción y la representación y, al hacerlo, constituye la superación fáctica de la antinomia entre lo individual y lo colectivo. También en este punto nos sumamos a Marcel Mauss cuando habla de «montajes fisisico-psico-sociológicos de series de actos [...], más o menos habituales o más o menos arraigados en la vida del individuo y en la historia de la sociedad», que se ponen en funcionamiento «por y para la autoridad social»⁷.

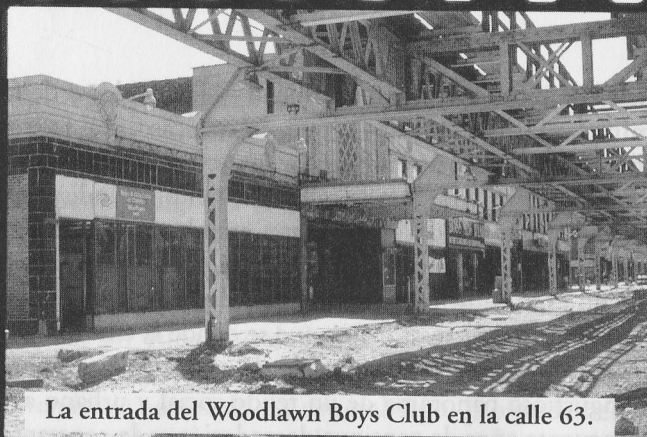
Un islote de orden y virtud

El universo relativamente cerrado del boxeo no puede comprenderse fuera del contexto humano y ecológico en el que está inscrito ni fuera de las posibilidades sociales que ofrece. Así, el *gym* se define verdaderamente en *su doble relación de simbiosis y de oposición* al barrio y a la cruda realidad del gueto. Al igual que meterse en una banda o entregarse a la delincuencia callejera (dos carreras parecidas a las que el boxeo se ofrece como alternativa⁸), inscribirse en un gimnasio sólo cobra sentido si se tiene en cuenta la estructura de las oportunidades que se dan en el sistema local. Es decir, los

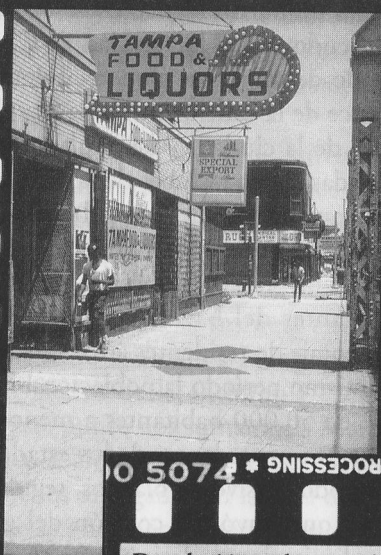
instrumentos sociales de reproducción y movilidad —favorables o desfavorables para determinadas formas de vida—, que, en este caso, son la escuela pública, el mercado de trabajo poco calificado y las actividades y redes que conforman la economía depredadora de la calle. Por tanto, es indispensable antes de aventurarse en el interior del *gym* trazar a grandes rasgos un retrato del barrio de Woodlawn y su evolución histórica reciente. Esta comunidad afronorteamericana no es, ni mucho menos, la más desfavorecida del gueto sur de Chicago, ya que, de los 77 distritos en que se divide la ciudad, Woodlawn ocupa el lugar decimotercero en la escala de pobreza. Sin embargo, ofrece también el angustioso panorama de un tejido social y urbano agonizante tras más de cincuenta años de continua degradación y de constante refuerzo de la segregación racial y económica*.

Al terminar la guerra, Woodlawn era un barrio blanco estable y próspero, satélite de otro barrio, Hyde Park (feudo de la Universidad de Chicago), que lo bordea por el norte y está dotado de un sector comercial denso y de un mercado inmobiliario activo. El cruce de la calle 63 y la avenida Cottage Grove era uno de los más concurridos de la ciudad, y las multitudes invadían los innumerables restaurantes, tiendas, cines y clubes de jazz de la zona. Treinta años después, el barrio se ha convertido en una vasta bolsa de miseria y desesperanza, símbolo del crepúsculo de la «Metrópolis negra»¹⁰ de Chicago, y en él se concentran las franjas de población más marginadas. Entre 1950 y 1980 el número de habitantes del barrio ha descendido de 81.000 a 36.000, mientras que el porcentaje de residentes afronorteamericanos ha pasado del 38 al 96% (en ese mismo período la población blanca ha experimentado un marcado descenso: de 50.000 habitantes a menos de un millar). La afluencia de inmigrantes negros procedentes de los estados rurales del sur estuvo acompañada de un éxodo masivo de blancos, seguidos poco después de la clase media de color, que huyó del corazón del gueto, a causa de una relativa relajación de las limitaciones clasistas que afectaban a la distribución de las viviendas, para fundar sus propios barrios (que terminaron también segregados)¹¹. Este trastorno demográfico, intensificado por la política municipal de «renovación urbana» de los años cincuenta —localmente conocida bajo el apelativo de *Negro removal* (limpieza de negros)— y por la guerra de las bandas de la década de los sesenta, ha provocado una crisis de las instituciones locales que, junto a los niveles récord de desocupación y de fracaso escolar, ha terminado por hacer de Woodlawn un desierto económico a la vez que un purgatorio social.

* En 25 de estas 77 zonas, casi todas afronorteamericanas e hispanohablantes, más de un quinto de la población (sobre)vive muy cerca del umbral oficial de pobreza⁹.



La entrada del Woodlawn Boys Club en la calle 63.



Local de bebidas frente al gimnasio.

Desolación urbana a dos pasos del barrio blanco y próspero de Hyde Park.



LUX PROCESSING * F

KODALUX
R 64 5032

KODALUX PROCESSING * 5074

36A

K

- 3A

4

Algunos indicadores dan la medida del grado de precariedad socioeconómica de los habitantes de Woodlawn¹². Según el censo de 1980, un tercio de las familias del barrio vivía por debajo del umbral federal de pobreza, y la renta media por unidad familiar de 10.500 dólares anuales no llegaba a la mitad de la media municipal. El porcentaje de familias monoparentales se situaba en el 60% (frente al 34% de diez años antes), la cifra oficial de desempleo alcanzaba el 20% (el doble que en la ciudad, después de triplicarse en una sola década) y menos de una de cada ocho familias tenía su vivienda en propiedad. Solamente el 34% de las mujeres y el 44% de los hombres de más de dieciocho años disponía de un empleo, y el 61% de las familias dependía económicamente de algún programa de asistencia social. Entre la población activa, la categoría socioprofesional más numerosa era, con el 31%, la de los contratados en el comercio y la administración, y en segundo lugar un 22% trabajaba como personal de servicio y de seguridad y empleado(a)s de hogar. Menos del 8% de los adultos había obtenido un título de enseñanza superior y más de la mitad ni siquiera había acabado los estudios secundarios, pese a no ser necesario realizar ningún examen. El barrio ya no cuenta ni con instituto ni con un solo cine, ni tampoco con biblioteca ni servicio de formación y ayuda al empleo. Pese a la cercanía inmediata de uno de los centros de innovación médica más prestigiosos del mundo, el hospital de la Universidad de Chicago, en 1990 la mortalidad infantil en Woodlawn iba en ascenso hasta superar el 3%, tasa que triplica la media nacional y supera a la de numerosos países del Tercer Mundo.

Al igual que otras instituciones públicas, las escuelas del barrio son «presa de la miseria y la delincuencia»¹³. La falta crónica de medios, los edificios abarrotados e insalubres y un profesorado poco calificado y desmoralizado se unen para reducir las a instituciones de «guardería» que sólo aspiran a almacenar a los jóvenes del barrio. La mayoría de los centros del gueto ni siquiera ofrece cursos que preparen para la entrada a la universidad. Por lo tanto, no es de extrañar que los jóvenes se vean más atraídos por la economía ilegal de la calle que por la escuela, ya que ésta desemboca en la desocupación o, en el mejor de los casos, en trabajos desprovistos de cobertura social por los que pueden ganar unos cuatro dólares la hora. Aparte de la Universidad de Chicago, no existe ninguna fuente importante de empleo en un radio de cinco kilómetros.

Como en otros guetos negros norteamericanos, «las instituciones dominantes (de Woodlawn) son las iglesias y los bares»¹⁴, si bien la mayor parte de la treintena de instituciones religiosas presentes al terminar los años sesenta han cerrado desde hace tiempo sus puertas. La falta de nuevas construcciones durante décadas (el 70% de las viviendas data de antes de la gue-

rra) y la destrucción del parque de viviendas, que pasó de 29.600 a 15.700 unidades entre 1950 y 1980 (debido principalmente a una plaga de incendios, «probablemente» de origen delictivo, durante el turbulento período de los levantamientos negros de 1966-1970), en un barrio situado al borde del lago Michigan, a una decena de kilómetros del corazón de la tercera megalópolis norteamericana, explican mejor que todas las estadísticas la posición marginal que ocupa esta comunidad en la vida de Chicago.

El gimnasio del Boys and Girls Club de Woodlawn está situado en la calle 63, una de las más devastadas del barrio, en el centro de un paisaje de desolación urbana que los periodistas del *Chicago Tribune*, principal diario de la población, describen en los siguientes términos: «No dejen de darse una vuelta por los bajos del metro aéreo (“El”), a lo largo de la calle 63, en Woodlawn, por lo que fuera la calle comercial más animada de Chicago después de State Street (en el centro de la ciudad). El paisaje se parece tanto a una ciudad fantasma como a un decorado del Lejano Oeste: las puertas y ventanas están atrancadas con tablones, y los carteles de los establecimientos que prosperaban antes en el barrio están cubiertos de hollín y podredumbre —un supermercado A&P, una tienda de alimentos Hi-Lo, un Walgreens (cadena de supermercados y farmacias), el cine Kimbark, el almacén Empire (venta de alfombras), el hotel Pershing, el Banco Southeast Chicago»¹⁵.

De hecho, el tramo de la calle donde se encuentra el club de boxeo se reduce a una hilera de antiguos comercios podridos o quemados, de terrenos baldíos llenos de basura y vidrios rotos y de edificios abandonados a la sombra de la línea de metro que los sobrevuela. Las escasas tiendas que sobreviven allí (numerosos negocios de bebidas, uno de ropa para niños, una perfumería especializada en productos de belleza, un almacén de muebles y enseres domésticos de segunda mano, una tienda de alimentos y un restaurante familiar) están parapetadas tras las rejas, a la espera de hipotéticos clientes. El Boys Club está flanqueado a un lado por el antiguo cine Kimbark, cerrado en 1973, del que subsisten solamente la fachada revestida de contrachapado carcomido y el frontón erosionado por la intemperie. Al otro lado hay un terreno irregular en el que se encuentran un parque infantil y un patio de recreo con techo de uralita, ambos rodeados de una alambrada. Allí se juntan los hombres desocupados del barrio para compartir una botella de aguardiente cuando hace buen tiempo. Justo detrás del club hay un viejo edificio abandonado de ladrillo rojo, con los cristales rotos, las ventanas obstruidas por barrotes mohosos y las puertas de metal condenadas por pesados cerrojos. La entrada de servicio del gimnasio da al pequeño patio trasero que se forma con el edificio rojo, donde se acumula la basura.



El desempleo pandémico condena a la inactividad.



Una oficina religiosa y un club en ruinas para jóvenes bajo el metro aéreo.

En este barrio agreste, donde los puñetazos son moneda corriente y «donde todo el mundo», según DeeDee, el entrenador del club, se pasea con un arma lacrimógena de autodefensa en el bolsillo, los robos, las agresiones, los homicidios y los delitos de toda índole forman parte de la rutina, lo que genera un ambiente de miedo opresivo —o, mejor dicho, de terror— que mina las relaciones personales y distorsiona todas las actividades de la vida cotidiana. Así, los habitantes del barrio se parapetan en sus casas tras puertas blindadas y ventanas con barrotes, nunca salen después del crepúsculo y evitan en la medida de lo posible frecuentar los lugares y transportes públicos por temor a la violencia delictiva. Además, numerosas estaciones de metro del gueto tienen las puertas cerradas, y los autobuses circulan custodiados por coches especiales de policía durante todo el trayecto. Las exacciones de los miembros de la banda El Rukns (antiguamente, los Discípulos), que controla el tráfico de droga, las extorsiones a los comercios y la prostitución en esta parte del South Side son una fuente de inseguridad (no obstante, hay un acuerdo oficioso de no interferencia recíproca entre el Boys Club y la jefatura de El Rukns en virtud de los lazos personales que mantiene DeeDee con los jefes que fueron alumnos del gimnasio en otra época). Un joven que vive cerca del *gym* resume así el ambiente del barrio: «Donde está mi casa no da tanto miedo, pero la parte de enfrente... Eso es otra cosa. Vamos, que en todas partes se pasa miedo, pero allí es mucho peor, es “la ciudad de los asesinatos” (*Murdertown*)».

El club se protege de este entorno hostil como una fortaleza: todas las aberturas están cerradas con rejas metálicas reforzadas y con candados; los cristales de la guardería contigua están enrejados, la puerta metálica que da al patio trasero tiene cerrojos de doble vuelta y un sistema de alarma electrónica que se activa una vez que ha salido el último ocupante. En las dos entradas hay dos pesados bates de béisbol, uno apoyado en el mostrador de la recepción de la guardería y el otro detrás del escritorio de DeeDee, por si acaso hiciera falta impedir *manu militari* la entrada de visitantes indeseables.

Mientras me estoy vendando las manos, Eugene O'Bannon (antiguo boxeador que hoy trabaja en Correos y viene con frecuencia, vestido con su uniforme de servicio, a charlar con DeeDee) se saca del bolsillo de la campera un aerosol lacrimógeno Mace de autodefensa y me lo da: «Toma, para tu mujer, dáselo de mi parte, para que no le pase nada... Tienes que apuntar a la cara del tipo y sujetarla con fuerza». Le pregunto qué efectos tiene: «Esto te irrita muchísimo los ojos y la cara, no ves nada durante diez minutos». De pronto, DeeDee se saca también un aerosol de la chaqueta, al tiempo que añade: «Yo lo llevo siempre conmigo. En el gimnasio, en la calle, cuando voy de compras, a todas partes». Los dos cuentan las veces que han tenido que utilizarlo. Doy las gracias a O'Bannon y le

pregunto si, también él, lo lleva siempre consigo. «Normalmente sí, pero *ahora ya no*. Ahora voy a pelo porque te lo he dado. Voy a tener que andar deprisa a la vuelta, no puede uno pasearse así, tan desnudo.» Risas. [Nota del 13 de diciembre de 1988.]

La conversación vuelve sobre la situación en los barrios negros de la ciudad. DeeDee y O'Bannon comentan la devastación de los alrededores y la inseguridad permanente que allí reina. El viejo entrenador observa que él no tomaría bajo ningún pretexto el ómnibus de la avenida Cottage Grove (que enlaza Woodlawn con el centro de la ciudad atravesando el gueto de South Side en toda su longitud) y que nunca se acerca de noche al parque Washington sin la pistola. Él mismo vive al sur de Woodlawn, en el límite de South Sore, y expresa una condena sin paliativos de su barrio: «Hay droga por todas partes, puedes comprarla en la calle al primero que encuentres. Niños buscando camorra. A mí me da igual, yo ya no siento que éste sea mi barrio, hay demasiada escoria, mala gente. No va conmigo, no son gente de mi clase». El edificio donde vive es un conocido lugar de revendedores de *crack*, cocaína y PCP. [Nota del 13 de agosto de 1988.]

Tony ha llamado al *gym* desde el hospital. Dos miembros de una banda rival le han disparado en la calle, cerca de aquí, al otro lado de Cottage Grove. Por suerte los ha visto venir y ha salido corriendo, pero le han dado en la pantorrilla. Ha llegado hasta detrás de un edificio abandonado y ha sacado la pistola de la bolsa de deporte, ha respondido a los dos asaltantes y los ha obligado a batirse en retirada. Dice que será mejor que salga cuanto antes del hospital, porque seguramente lo estarán buscando. Le pregunto a DeeDee si le han disparado en la pierna a modo de advertencia: «¡Pero qué dices, Louie! No te disparan para herirte en la pierna, te disparan para matarte. Si Tony no hubiese llevado su pistola y no la hubiera sacado, habrían acabado con él, ¡no lo dudes! Ahora mismo estaría muerto». [Nota del 27 de septiembre de 1990.]

Puede decirse que los jóvenes del barrio se acostumbran desde muy pronto a las formas más variadas e imprevisibles de violencia callejera; y en comparación, la violencia estrictamente reglamentada del boxeo apenas resulta agresiva, como observaba DeeDee un día de mayo de 1989: «Antes había que tener la piel más dura que el cuero para sobrevivir en estas calles, pero ahora es terrible vivir aquí. Te vuelves loca con toda esa droga y las armas que circulan. Hay cantidad de locos por la calle. No llegan ni a los treinta años, añade, sacudiendo la cabeza. De verdad, es la media de edad, en este barrio no es frecuente que la gente viva más años, no tienes más que ver las cifras: si no te mata la droga, te liquida algún tipo de éstos o, si tienes suerte, acabas en la cárcel. Allí tal vez tengas la oportunidad de superar la treintena.

Es muy duro esto, ¡no lo dudes! No te queda más remedio que aprender a defenderte. Si buscas problemas, estás en el barrio adecuado».

De hecho, la delincuencia violenta es tan habitual que casi todos los miembros del *gym* de Woodlawn han presenciado algún asesinato o han sido objeto de disparos o de ataques con arma blanca¹⁶. La mayoría ha crecido teniendo que pelear en la escuela y en la calle, a veces diariamente, a riesgo de dejarse robar el dinero del almuerzo o el abrigo o de sufrir constantes humillaciones; hasta para dar una vuelta por el barrio tienen que saber defenderse. Butch recuerda una escena típica de su adolescencia: «Justo allí, en la manzana donde yo vivía, las cosas eran difíciles, o comías o te comían. Tenías que convertirte en un canalla. Mucha gente amontonada en poco espacio. Chicos que querían pegarte e intimidarte, o aprendías a pelear o tenías que cambiarte de barrio. Como yo no podía mudarme, he tenido que aprender a dar golpes». La mayoría de los miembros del gimnasio se iniciaron en la autodefensa por necesidad, no por gusto. Muchos de mis camaradas de Woodlawn habían sido matones que luego se reconvirtieron al boxeo. «Yo estaba peleándome todo el día cuando era joven, *así que de todos modos...* —señala Lorenzo— mi padre dice: “ya que tienes que pelear, mejor que lo hagas en un *gym* donde puedas aprender, ¿eh?, saber las bases, quizá puedas hacer algún dinero, llegar más lejos y sacar algo en claro. Siempre será mejor que pelear en la calle por nada.»

En contraste con este entorno hostil e incierto, y pese a la acuciante falta de medios, el club constituye un islote de estabilidad y orden donde son posibles las relaciones sociales prohibidas en el exterior. El gimnasio ofrece un lugar de *sociabilidad protegida*, relativamente cerrado, en el que se encuentra un respiro a las presiones de la calle y del gueto, un mundo donde los acontecimientos externos penetran con dificultad y tienen poca importancia. Este encierro colectivo, que roza la «claustrofilia», es lo que hace posible la vida del gimnasio y constituye su atractivo*. Mike, un muchacho de diecinueve años, va al club todas las tardes después del instituto. «Vienes aquí y te sientes bien. Como yo digo, te sientes *protegido, con seguridad*. Aquí estás a gusto, es como una segunda familia. Sabes que puedes venir aquí y que vas a encontrar apoyo... Si estás deprimido, siempre habrá alguien que te dé ánimos. Descargas las frustraciones sobre las bolsas. Y

* Este clima sofocante del *gym* está bien captado en la novela de Leonard Gardner *Fat City*¹⁷ y en la película de John Huston del mismo título, que se desarrolla en pequeñas salas de boxeo de la ciudad de Stockton en California. La sensación de encierro está reforzada por la ausencia de aberturas físicas hacia el exterior: el *gym* de Woodlawn no tiene ninguna ventana (lo mismo que las salas de las que se tienen descripciones detalladas, tales como las de Gleason's en Manhattan o la de Rosario en East Harlem).

después subes al ring a “ponerte los guantes”, a lo mejor antes de subir estas bajo de moral, pero enseguida te dan ganas de pelear.» Bernard, un veterano del *gym* que, después de una docena de combates, ha tenido que interrumpir su carrera a consecuencia de una herida en la mano, explica lo que lo impulsa a venir a entrenar siempre que su trabajo de técnico en radiología se lo permite: «Me gusta ver a los tipos que se entrenan y hacen algo positivo con sus vidas, queman su energía de una manera que no les trae problemas y dejan a un lado *las bandas y la droga y el talego, porque están en el gimnasio para hacer algo por sí mismos, y sienta bien ver estas cosas*».

De hecho, es frecuente oír a los boxeadores exclamaciones como las siguientes: «¡Todo el tiempo que pasas en el *gym* es menos tiempo que pasas en la calle!»; «esto me protege de la calle»; «yo prefiero estar aquí que en la calle con tantos problemas». Algunos profesionales admiten además que, con toda probabilidad, habrían acabado en la delincuencia si no hubieran descubierto el boxeo. Y numerosas estrellas pasadas y presentes, como Sonny Liston, Floyd Patterson y Mike Tyson, hicieron su primer aprendizaje del Noble Arte en prisión. Mustafa Muhammad, antiguo campeón del mundo semipesado, confiesa: «Si no me hubiera dedicado al boxeo, me habría convertido en ladrón de bancos. Hubo épocas en que era eso lo que yo quería hacer. No quería vender droga. Quería ser el mejor, y por eso quería ser ladrón de bancos». El campeón mundial de peso pesado, versión WBC, en 1985, Pinklon Thomas, le hace eco: «El boxeo me ha sacado de mi agujero y ha hecho de mí una persona valiosa. Sin él, estaría vendiendo heroína, o muerto, o en prisión»¹⁸. De igual modo, numerosos participantes del torneo final de los Golden Gloves de 1989 no dudan en incorporar esta motivación a la sucinta biografía que acompaña su foto en el programa de festejos: «Vaughn Bean, 16 años, 1,79 metros, 80 kilos, representa al Valentine Boys Club, donde boxea desde hace un año. Alumno de segundo en el instituto de Calumet, su hermano lo introdujo en el boxeo para evitar que se fuera por el mal camino»; «Gabriel Villafranca, 18 años, 1,74 metros, 64 kilos, representa al Harrison Park Club. Boxea desde hace tres años y tiene un récord de ocho victorias y tres derrotas. Alumno de último curso en el instituto Juárez, se inició en el boxeo para no echarse a perder». Con ocasión de un torneo junior (menores de 16 años) en el International Amphitheater, DeeDee me confirma que las madres de los jóvenes púgiles, que siguen normalmente con una angustia teñida de admiración el debut de sus hijos, están de acuerdo en reconocer en el boxeo esta virtud protectora. «No, ellas no los desaniman. Prefieren saber que su chico está en el ring que sin hacer nada en la calle o metiéndose en líos. Saben que para ellas es mejor que sus hijos estén en el *gym*.»

Los miembros del Boys Club de Woodlawn comparten plenamente esta opinión:

LOUIE: ¿Dónde estarías hoy si no hubieses encontrado el boxeo?

CURTIS: Uh, probablemente en prisión, muerto o en la calle, empujando el co-do.

LOUIE: ¿De verdad?

CURTIS: ¡No lo dudes! Si tú hubieras tenido la presión que yo tenía a los 16 años, tratando con tipos indeseables e *intentando congeniar con ellos*, entonces verías. Para que no dijeran de ti que eras «un mierda» (*punk*), «un palurdo» (*poor-butt*)*, no podías dejar que los gamberros hicieran contigo lo que les diera la gana. Es la presión del grupo, ¿entiendes? Quieres que te *accepte* el grupo de gente que te rodea en el barrio donde creces.

LORENZO: Para mí está claro que si no hubiera sido por el *gym*, es probable que ahora estaría metido en algo que no quisiera hacer. Por eso yo creo que el *gym* me ha librado de muchas cosas malas.

LOUIE: ¿Como qué?

LORENZO: Bueno, probablemente me ha librado *de matar a alguien*, sí, o de desvalijar a los que andan por la calle, o de vender droga. ¡Qué sé yo! No hay forma de saberlo. No hay manera de saber lo que la vida te tiene reservado...

LOUIE: ¿Y el club te ha librado de todo eso?

LORENZO: Sí, sí. El *gym* me saca de la cabeza cantidad de cosas, ¿sabes?, sobre todo de lo que pasa fuera, cuando tienes problemas, ¿entiendes? Vienes al gimnasio a entrenar, y se diría que eso te despeja la mente, lo único que te importa es que estés en el gimnasio y tienes que trabajar las bolsas.

El hermetismo del gimnasio representa una de sus mayores virtudes para los miembros y orienta toda la política del entrenador. Esto se nota, entre otras cosas, en el hecho de que la agitación de la vida pública nacional y municipal apenas tiene repercusión alguna en el interior del gimnasio. Así, durante toda la campaña, no se ha hecho mención alguna de las elecciones presidenciales que enfrentan a George Bush con Michael Dukakis, a excepción de esta observación desengañada de Gene O'Bannon el mismo día de las votaciones: «Entre un plato de mierda de caballo y otro de mierda de perro, yo no elijo».

Ni siquiera la derrota del alcalde negro Eugene Sawyer, tras la victoria del hijo del antiguo alcalde blanco Richard Daley (que mantuvo Chicago con

* Un *poor-butt* designa a una persona «socialmente inexperimentada», demasiado joven biológica y emocionalmente para «mantenerse» en la calle y de quien se dirá: «Intenta hacerse pasar por algún matón de los que ha visto, pero la leche se le cae aún de la nariz... Mamá no le ha enseñado todavía bastante. Lo ha dejado salir demasiado verde a la calle»¹⁹.

puño de hierro bajo un régimen patrimonial racista durante medio siglo), suscita más comentario que observaciones superficiales sobre lo «podrida» que está la política*.

El 11 de noviembre de 1988 estrecho la mano a todo el mundo saludando con animados: «¿Qué tal hoy? ¿Todo bien?». DeeDee está vestido con un pantalón gris y su campera azul «Moonglow Lounge» (un bar del gueto, madriguera de Flukie Stokes, líder de la banda que domina el South Side) forrada de insignias de boxeo; sus largas manos de araña sujetan un cigarrillo, la cara inclinada, la mirada apagada. Me dice que todo marcha. Le pregunto si ha ido a votar. «Claro que sí, ya lo he hecho, esta mañana», murmura con una voz triste. Parece que el tema no le atrae especialmente. Le pregunto lo que piensa de la campaña presidencial y quién, Bush o Dukakis, va a ganar según él. «No me importa mucho, Louie. Lo que pasa fuera de estas paredes no es asunto mío. Lo que me importa es lo que pasa aquí, *entre estas cuatro paredes*. El resto me es completamente indiferente.» Y pone fin a la conversación con un gesto desengañado de la mano.

El Boys and Girls Club de Woodlawn, anexo a la sala de boxeo y la guardería, forma parte de una red de trece clubes establecidos en Chicago por United Way, una organización benéfica nacional con ramificaciones en todas las grandes ciudades norteamericanas, en su mayor parte en los barrios desheredados de la ciudad, negros e hispanos. Fundado en 1938, el club de Woodlawn se unió en 1978 a su homólogo más importante de Yancee, algunos kilómetros al oeste, en el barrio negro situado junto a Washington Park. Según el folleto de presentación (titulado «Un año de victorias personales»), estos clubes suman más de 1.500 usuarios por año, de los cuales el 70% corresponde a muchachos entre seis y dieciocho años, la casi totalidad procedente de la comunidad afroamericana. Las actividades que se ofrecen (ejercicios de estimulación, tutorías escolares, salidas culturales, deportes) son financiadas en un 90% por donativos de empresas privadas cuyos directivos son miembros de la junta directiva del club. En 1987 la Woodlawn-Yancee Unit recibió cerca de 50.000 dólares de estas empresas.

El nombre completo de la organización —Woodlawn-Yancee Unit, Boys and Girls Club de Chicago: *El club dueño de la calle*— explica bien su misión: es en oposición a «la calle» y a la marginalidad económica y social a partir de donde se define. Su objetivo es ofrecer una estructura social capaz de arrancar a los jóvenes del gueto de la exclusión urbana y su triste cortejo

* En el seno del club no se percibe la pasión del medio obrero (blanco) norteamericano por los escándalos públicos o privados y los abusos políticos, tal como describe David Halle²⁰.

de criminalidad, bandas, droga, violencia y miseria²¹: «Invertir en la juventud de hoy es invertir en el Chicago de mañana. Es la juventud de hoy la que representa el liderazgo, la fuerza y la visión de nuestra ciudad. Pero demasiados líderes potenciales del mañana aprenden, demasiado pronto, que la calle es el escenario de una lucha por la supervivencia y que la única elección que se les ofrece es la de una vida sin futuro. Los programas del centro de Woodlawn-Yancee han sido creados para superar estas barreras sociales, económicas y escolares. Gracias a un aprendizaje constructivo, aseguramos el desarrollo de las cualidades y talentos que son base de la autoestima y que abren las puertas del éxito. Ofrecer a los jóvenes de hoy un mañana mejor, tal es nuestra responsabilidad. ¡Juntos vamos a “vencer a la calle”!» (folleto de presentación del club).

La sala cuenta con un presupuesto muy restringido, puesto que gran parte de los fondos del club de Woodlawn se dedican al funcionamiento de la guardería. El club Boys and Girls se limita a cubrir gastos y al mantenimiento del edificio. La inscripción de los boxeadores es completamente gratuita; DeeDee, el entrenador, no recibe la menor remuneración. El equipo usado o estropeado debe ser repuesto por el propio gimnasio, lo que explica el desgaste avanzado de las bolsas y los guantes, así como la penuria crónica de algunos materiales (el club hace un consumo de peras de velocidad que supera de lejos la oferta, y de ahí su escasez; lo mismo que con el *punching-ball*).

Cada año, cuando llega el invierno, la sala de Woodlawn organiza una noche «de gala» para obtener ingresos (25 dólares por persona, incluidos los socios), lo que da ocasión a los boxeadores amateurs del lugar de exhibirse ante un conjunto de notables y personajes locales, padres y amigos, con el fin de reunir los fondos necesarios para pagar la sustitución o reparación del equipo. Si una bolsa termina por desgarrarse o desinflarse, una solución para el recambio consiste en pedir una contribución a los socios, cada uno en la medida de sus modestos medios, para un fondo común que servirá para comprar uno nuevo. Pero DeeDee no es muy aficionado a este sistema porque, según dice, «nadie da nunca nada y nos volvemos a encontrar en el punto de partida, sin dinero». De hecho, a excepción del pago de las fotos que han sido encargadas al fotógrafo de la casa, Jimmy Kitchen, es extraordinario ver dinero circulando por el club.

Un templo del culto pugilístico

La sala de entrenamiento del Woodlawn Boys Club ocupa la parte trasera de un viejo edificio de ladrillo del período de entreguerras que tuvo que ser reformado para acoger actividades deportivas: se instalaron unas duchas improvisadas y un

vestuario; el estrecho cuchitril repintado recientemente de azul chillón donde los boxeadores se cambian está equipado con una sencilla mesa forrada con una colchoneta de gimnasia *. El mismo edificio abriga una guardería financiada por The United Way con la ayuda de los servicios sociales municipales donde los niños (todos negros) de la escuela primaria vecina van todas las tardes para hacer actividades de estimulación en dos grandes salas decoradas con llamativos carteles educativos que los exhortan al orgullo racial —como la serie de carteles consagrados a los grandes personajes negros de la historia mundial, las ciencias y la literatura. En el pasillo de entrada un exhibidor de madera ofrece una serie de folletos para los jóvenes del club y sus familias: «Los niños primero: CURE, Chicago Unido para Reformar la Escuela»; «Cómo encontrar un empleo: diez consejos»; «SOS-SIDA en la comunidad negra»; «Hágase mecánico gracias al Curso Truman de tecnología del automóvil». La guardería y la sala de boxeo conviven de forma independiente; sólo la intrusión periódica en el gimnasio de una bandada de niños, puntualmente despedida por DeeDee, y el traslado diario de la comida desde la pequeña cocina anexa hasta las duchas recuerdan su presencia. La entrada de los boxeadores, que se sitúa en la parte trasera del edificio para no molestar a los niños, está atestada de material de obras recubierto de una lona azul.

La sala está bastante desvencijada: las canalizaciones y los cables eléctricos cuelgan de las paredes; la pintura amarilla de la pared está descascarada y el zócalo está roto o falta en muchos sitios; las puertas son todas diferentes y no es raro que caigan trozos de yeso del techo por encima de los espejos. Pero está limpia y bien cuidada y, comparada con el estado de destrucción avanzada de los alrededores, el *gym* no da la impresión de ruina.

La parte de la sala donde se boxea mide alrededor de 11 metros por 9, y el suelo está recubierto con parqué de madera colocado sobre el linóleo. Está delimitada por un lado por el ring azul que interrumpe el pasillo que lleva a la guardería, por el otro por el cuarto de atrás (que acoge la oficina del entrenador, un gran perchero, dos armarios para accesorios, un gran cubo de basura y una balanza) desde el cual DeeDee observa la evolución de los púgiles a través de un gran cristal rectangular y por un pequeño cubículo que sirve de vestuario. Dos enormes bolsas colgadas de pesadas cadenas ocupan el centro de la zona de ejercicio: la bolsa blanda, larga almohada de cuero negro rellena de borra, y la bolsa dura, enorme morcilla roja rellena de arena, dura como el cemento, rodeada de cinta

* La sala no dispone tampoco de calefacción propia. En verano, cuando la temperatura supera fácilmente los 30°C, el aire acondicionado refresca lo justo para evitar que el calor sea insoportable. Durante los períodos de mucho frío de invierno (el termómetro desciende frecuentemente a 10 bajo cero en enero y febrero), las canalizaciones que llevan el aire caliente desde la caldera situada cuatro edificios más allá se congelan y se cuarteán, privando al gimnasio de calefacción. DeeDee se refugia entonces en la cocina, donde pasa el día sentado delante del horno con todas las hornallas encendidas. Si la sala está helada, se dejan correr las dos duchas de agua hirviendo para sofocarla en el vapor templado que sube la temperatura hasta un nivel soportable.

adhesiva y emparchada en varios sitios. Contra la pared del lado este hay dos espejos, uno de un metro y medio de ancho y colocado oblicuamente sobre el suelo y otro más estrecho clavado en el tabique, además de una bolsa para uppercuts fijada horizontalmente contra la pared. Un *punching-ball* enganchado a un soporte de madera cuya altura se regula accionando la manivela sirve para practicar el ritmo y la coordinación ojo-mano; en la esquina hay una barra de hierro para los ejercicios de flexibilidad, una hilera de pesas raramente utilizadas y un extintor. El resto del equipamiento consiste en cuerdas para saltar, guantes, pantalones protectores de cuero (*cups*), cascos de sparring colocados en sus armarios respectivos o amontonados sobre la mesa de la oficina y un balón de entrenamiento unido al suelo y al techo por correas de goma con el que se ejercita el jab. Una mesa recubierta con una colchoneta de gimnasia reforzada con cinta adhesiva plateada y sujeta con una correa permite hacer abdominales. Cerca del espejo pequeño un balde sirve para recoger el agua de una gotera; otro recoge los escupitajos de los boxeadores mediante un embudo que recorre uno de los postes del ring.

Las otras paredes están ocupadas con armarios metálicos cerrados con gruesos candados con puertas cubiertas de fotos y carteles de boxeo. Uno de ellos, próximo a la cocina, exhibe con orgullo un cartel rojo y azul chillón que proclama: «Di no a la droga». En la esquina contraria, tres grandes marcos de madera exhiben los *collages* hechos con decenas de fotos desechadas por Jimmy Kitchen, el autoproclamado fotógrafo del club. *Life in the Big City 1986* es un *patchwork* de imágenes de boxeo (antes, durante y después de los combates, escenas de entrenamiento, entrenadores rodeados por sus pupilos, vencedores de una noche blandiendo su copa), de instantáneas de azafatas (*card girls*) que exhiben sus curvas durante los entreactos del combate, de reuniones políticas (el difunto alcalde Harold Washington sonriendo, Jesse Jackson meditando), de ceremonias religiosas (bodas, bautismos), de bailes (los músicos en acción, parejas enlazadas, juerguistas todo sonrisas) y de la ciudad. Este montaje condensa y explica la mutua imbricación de todos los aspectos de la cultura afroamericana en Chicago²².

La pared que hay detrás del sillón de DeeDee es en sí misma una obra de arte popular formada por calendarios publicitarios atrasados, *pin-up* negras de los años sesenta, pequeños banderines de boxeo multicolores, carteles descoloridos de grandes combates (Gerry Cooney contra Larry Holmes) sobre los que hay escritos recados telefónicos, una portada de *Newsweek* muestra a Mohamed Alí sufriendo en su rincón en su combate de despedida («Alí: un último hurra») entre fotocopias de portadas de *Ring Magazine*, vistas nocturnas de Chicago y anuncios de coches de lujo, sin olvidar las fotos de DeeDee y de boxeadores del club, pegatinas de boxeo, dos banderas americanas, viejas circulares oficiales amarillentas enviadas por la Boxing Commission, un diploma de socorrista flebólogo otorgado por una escuela privada, la licencia del club pegada con celo por encima del sillón del entrenador, todo ello sobre el fondo verde que

reproduce un gigantesco billete de un dólar (en total no menos de 65 fotos y estampas).

Del mismo modo, las paredes del *gym* están cuajadas de pósters de boxeadores, carteles de combates locales y portadas de revistas especializadas (como *Ring*, *Knockout*, *KO* y *Ringworld*) pegadas por todas partes*. Encima del gran espejo se destaca una fotografía en blanco y negro de un joven coloso con el torso desnudo, la musculatura en tensión, la mirada amenazadora acompañada de esta exhortación: «¡Elige bien en qué piensas!» (*Select the things that go into your mind!*). Está colgada sobre un gran cartel rojo, azul y amarillo anunciando el duelo Tyson-Spinks y sobre un retrato en color de la antigua estrella del club, Alphonso Ratliff, luciendo su cinturón de campeón del mundo de pesos semipeados de la WBC (que perdió después). El espejo está enmarcado por dos carteles de combates locales, amarillo y beige; a la izquierda, una foto de Tyson en acción; a la derecha, otra de Tyson vestido para el combate tomada por sorpresa mientras hablaba por teléfono, portadas de la revista *Knockout* mostrando los semblantes amenazadores de Leon Spinks, Marvin Hagler y Tony Lalonde. Bien a la vista a la derecha de la entrada del «despacho» hay dos grandes retratos monocromos de Martin Luther King y Harold Washington (el primer alcalde negro de Chicago que acababa de fallecer). Un dibujo de un boxeador dotado de un cuerpo minúsculo y de una cabeza gigantesca (acompañado de una leyenda con doble sentido, invitando a la modestia y a la excelencia: *Don't let your head get big in the ring* puede leerse como «No dejes que tu cabeza golpee el cuadrilátero» y «Que no se te suba a la cabeza») y otro póster de Mike Tyson con un gesto espantoso alegran la pared de la cocina.

En su distribución y decoración la sala constituye un templo del culto pugilístico por la presencia en las paredes de los grandes combatientes, pasados y contemporáneos, a los que los boxeadores en ciernes de los gimnasios del gueto profesan un culto selectivo pero tenaz. Los campeones demuestran, en efecto, las virtudes supremas de la profesión (valor, fuerza, destreza, tenacidad, inteligencia, ferocidad) y encarnan las diversas formas de excelencia pugilística. Además, pueden intervenir directamente en la vida de cada uno, como demuestra la foto de Mike Tyson rodeado por DeeDee y Curtis (que lleva una gorra azul con un enorme *WAR* en rojo), colocada en un lugar preferente en la pared del despacho, que atribuye a los dos últimos una parte del capital simbólico del campeón salido del gueto de Brooklyn.

Hay al menos cinco fotos individuales de Tyson en la pared de los espejos y el *speed bag*, dos en la pared de enfrente y tres en la pared norte. El segundo campeón más homenajeado es Sugar Ray Leonard, que aparece en cinco pósters, muy por delante de Mohamed Alí. Sin embargo, no es tanto el número de imágenes como su «disposición» lo que da toda su fuerza y significado a

* Es la decoración típica de las salas de boxeo norteamericanas. Thomas Hauser observa que «no hay un *gym* que no tenga una o varias fotos de Alí en las paredes» (*op. cit.*, p. 35).

esta suerte de iconografía profana espontánea. Es significativo que cada «ramillete» de pósters incluya una o varias fotos de campeones en plena acción, colocadas generalmente *por encima* de anuncios de combates regionales. Este «sintagma», esta proximidad física sugiere una asociación, un vínculo casi genealógico entre los pugilistas en ciernes, que pelean por cantidades ridículas en veladas regionales y los supercampeones que se reparten premios maravillosos en prestigiosos combates de Las Vegas y Atlantic City retransmitidos por televisión. Se da la idea concreta de una gran «cadena del Ser» pugilístico: una continuidad que iría desde el chico anónimo del club más modesto hasta la estrella internacional entrenada con los métodos informáticos y médicos más modernos y cuyo solo nombre basta para hacer correr ríos de dólares y hacer temblar a los adversarios más temibles (como el mito Tyson). Todos formarían parte de la misma esencia: la providencia y la determinación individuales decidirán cuál de los pequeños se hará grande, siempre que tenga el talento y el valor necesarios.

Esta iconografía mural de apariencia anodina, que yuxtapone un Michael Spinks a punto de ser derrotado por Tyson («¿La gloria a qué precio?», pregunta el artículo que acompaña la fotografía) a un anuncio local de un combate de segunda división entre secundarios (Manning «Motor City Madman» Gallaway contra Craig «Gator» Bodzianowski), mantiene la creencia en un ideal por definición inaccesible a la casi totalidad de los boxeadores y contribuye a mantener la ilusión de una «escala de movilidad» continua y graduada que lleva progresivamente desde la base hasta la cumbre de la jerarquía pugilística, mientras que lo que se trasluce de la organización social y económica del boxeo profesional indica más bien que hay una discontinuidad, que las redes que dirigen el *business* de la pelea se parecen menos a una «escala» que a segmentos fuertemente separados cuyo acceso está firmemente controlado por los dueños del capital social específico²³.

Los carteles y la decoración mural de la sala desempeñan una función notable en el establecimiento de las jerarquías en el seno del club. Los pósters son objeto de un «tráfico» (regalos, intercambios, búsquedas, colocación por los interesados) a través del cual todos intentan afirmar o aumentar su valor en el mercado pugilístico, mostrando la prueba de su participación en tal o cual noche, como indica la siguiente nota del 15 de noviembre de 1988:

Mientras me seco el cuerpo con una toalla, pregunto a DeeDee si los carteles rotos de los combates locales amontonados en una gran caja cerca del armario de las cuerdas para saltar son para tirar y si me puedo llevar alguno. Charles (segundo entrenador) me dice inmediatamente: «Sí, puedes llevártelos todos si quieres, vamos a tirarlos de todos modos». DeeDee lo corta y replica vigorosamente: «¿Pero qué dices? ¡No voy a tirarlos! ¿Eres tonto o qué? Déjame mirar y te elijo cuatro o cinco de los viejos, Louie, pero no puedes llevarte los que quieras. Ninguno de los chicos del club, de nuestros muchachos. Porque quiero guardarlos y ponerlos en la pared. A los chicos les gusta ver su foto. Es lo primero que enseñan a

sus colegas cuando vienen la primera vez. Van directos al póster con su nombre y su foto y les dicen «Mira, soy yo». Es muy importante para ellos. ¿Te acuerdas de Duane? Se tenía por un boxeador conocido y pensaba que su foto estaría en algún sitio. La primera vez que vino recorrió el gimnasio, miró por todas partes y no vio ni una foto suya. No lo podía creer. Estaba tan furioso que me trajo una al día siguiente.

Escudo protector contra las tentaciones y los peligros de la calle, la sala de boxeo no es sólo un lugar de ejercicio riguroso para el cuerpo, es también el soporte de lo que Georg Simmel llama la «sociabilidad» (*Geselligkeit*), procesos puros de asociación que son en sí mismos su propio fin, formas de interacción social desprovistas de contenido o dotadas de contenido socialmente anodino²⁴. Esto se debe al código tácito según el cual los miembros del club deben dejar en la puerta todos los problemas y obligaciones que tienen en el trabajo, la familia y el corazón. Todo sucede, en efecto, como si un pacto de no agresión gobernara las relaciones interpersonales y excluyera todo tema de conversación «serio» susceptible de atentar contra esta «forma lúdica de la socialización» e impedir el buen desarrollo de los intercambios cotidianos y, por tanto, de poner en peligro la subcultura masculina específica que el *gym* perpetúa*. Casi nunca se habla de política. Los denominados problemas raciales, como la discriminación en el trabajo y la brutalidad policial, se abordan ocasionalmente, pero no hay ninguna probabilidad de que surja un desacuerdo dada la homogeneidad étnica de la sala. Sólo los acontecimientos deportivos tienen automáticamente derecho de ciudadanía. Pero un deporte tiene más posibilidades de ocupar las conversaciones si se trata de un deporte de combate y apela a las cualidades viriles. Los partidos de los Bears, el equipo de fútbol americano de Chicago, se comentan a menudo, sobre todo al día siguiente del encuentro, bajo el ángulo de la dureza y del valor físico exhibidos por un determinado jugador; sin embargo, hace falta una hazaña de Michael Jordan, el jugador más importante de los Chicago Bulls, para que se mencionen sus éxitos en el campeonato nacional de baloncesto. Son, por supuesto, los combates de boxeo, nacionales y locales (retransmitidos habitualmente desde Atlantic City, Las Vegas y Reno por las televisiones por cable como ESPN, SportsChannel y Sportsvision o retransmitidos especialmente por las cadenas de pago TVKO y Showtime), los que proporcionan el material esencial de las conversaciones y

* La sala de boxeo se parece en este sentido a los billares, que constituyen, junto con los bares, uno de los últimos refugios de la subcultura de los hombres solteros, como mostró Ned Polsby²⁵.

cuyos resultados y consecuencias se comentan. El resto de las conversaciones gira en torno al cuidado del cuerpo²⁶, del problema perenne del peso y otras consideraciones técnicas; se intercambian consejos y trucos; se analizan las sesiones de sparring y se comentan los torneos pasados y futuros.

Durante estos debates, que renacen sin cesar de sus cenizas, DeeDee y los más antiguos demuestran un conocimiento enciclopédico de los nombres, lugares y acontecimientos sobresalientes del folclore pugilístico. Los combates que hicieron historia, sobre todo la regional, se evocan con frecuencia, así como los éxitos y desengaños de los boxeadores en ascenso o en declive. Fruto de una inversión deliberada de la escala de valores oficiales, los grandes combates televisados (por ejemplo Leonard contra Hagler o Holyfield contra Foreman) son menos apreciados que los enfrentamientos locales y las ristas de nombres desgranados en el curso de la conversación contienen más boxeadores oscuros que estrellas conocidas.

La conversación pasa gradualmente del boxeo a otro registro, el de las historias de peleas, asuntos turbios, delitos y agresiones de los que cada uno posee un abundante repertorio personal. Desde esta perspectiva, la «oficina» de DeeDee —la sala trasera abarrotada de carteles de combates y fotos de boxeadores desde la que vigila la zona de ejercicio a través de un gran cristal rectangular— funciona como escenario sobre el que todos pueden demostrar su excelencia en el manejo del capital cultural propio del grupo, en este caso la información pugilística y el conocimiento de la calle y de su mundo oscuro.

Las conversaciones en el club están muy ritualizadas. El orden de los locutores, el contenido de sus palabras, la posición que mantienen en el espacio limitado de la sala de atrás dibujan una estructura compleja y sutilmente jerarquizada. Por ejemplo, muy pocas veces se charla en la sala propiamente dicha cuando se está entrenando*. Un *pecking order* estricto rige la ocupación de los sillones, así como el uso de la palabra: los entrenadores y los viejos tienen preferencia (en el siguiente orden: DeeDee; Ed Woods, manager-entrenador y responsable de un gimnasio similar en Saint Louis; Charles Martin, otro entrenador y amigo íntimo de DeeDee; el viejo Page, monitor

* Esta nota del 27 de junio de 1989 es típica de este asunto. Comienzo a calentar mientras observo a Lorenzo y Big Earl, que hacen sparring al pie del ring, cuando Billy viene a estrecharme la mano. Tiene la cara pálida y demuestra inquietud y no sin motivo: «Peleo mañana, es mi primer combate. ¿Crees que me va a ir bien? —Por supuesto, estás bien preparado, estás en forma. Es una buena sala, ya verás como adelantas a los demás. —¿Eso crees? Estoy asustado, ¿sabes?». Confidencia interrumpida por el entrenador Eddie, quien lo reprende: «¿Pero qué haces ahí charlando? ¿Dónde crees que estás, en un club de amigos? Esto no es un salón, ¡a trabajar, Billy! Salta a la cuerda o haz abdominales, pero no estés sin hacer nada, vamos». Billy se olvida de su estado de ánimo y avergonzado cumple la orden.

en un gimnasio municipal; el empleado de Correos O'Bannon). A continuación los boxeadores por orden de fuerza y antigüedad (Curtis, Butch, Smithie, Lorenzo, Ashante, Rico y los demás), seguidos por los visitantes ocasionales. El sillón desde el que DeeDee observa la evolución de los atletas está estrictamente reservado al señor del lugar. La versión oficial es que no quiere que la gente se sienta con el pretexto de que se mancharía de sudor. Pero la prohibición se aplica también a aquellos que vienen vestidos de calle y que no se entrenan; sólo Curtis, la promesa del club, se permite transgredirla alguna vez, normalmente cuando el viejo entrenador no está presente. La excusa higiénica apenas logra disfrazar la razón social de esta prohibición: el sillón simboliza el lugar de DeeDee y su función en la sala. Puesto de observación, símbolo de su autoridad, lugar desde donde puede abarcar de un vistazo, vigilar y controlar todas las fases del entrenamiento y los gestos de todos.

No hay que subestimar la importancia de estas conversaciones de apariencia anodina, puesto que constituyen un ingrediente fundamental del «programa oculto» del gimnasio: transmiten de forma oral y osmótica a los aprendices de boxeador la sabiduría vernácula de la profesión. Bajo la forma de narraciones más o menos apócrifas, de comadreo, batallitas y leyendas urbanas, destilan los valores y las categorías lógicas del universo pugilístico, las mismas que arraigan la cultura de la calle en el gueto: una mezcla de solidaridad con el grupo de iguales y de desconfianza individualista, la dureza y el valor físico, un sentimiento inexpugnable del honor masculino y la expresión del comportamiento y del estilo personal²⁷.

Las promesas del boxeo

El 10 de junio de 1989, mientras inicio la tercera ronda con la bolsa, Curtis sale del vestuario en calzoncillos y llama a Reggie y Luke —uno con calzón rojo y torso desnudo y el otro con pantalón y maillot azules—, que han empezado a entrenarse tarde y conversan y se hacen los remolones delante de los espejos. Con una voz estentórea que nunca le había oído los amonesta con severidad por su comportamiento antes de describirles las recompensas del boxeador, de todo lo que podrán hacer cuando sean campeones, sin dejar de tomar como testigo ocular a Anthony, que está sentado en la mesa cerca del ring. «En lugar de no hacer nada, de ser un don nadie y de acabar mal en la calle, puedes ser *alguien*. Gracias al boxeo puedes convertirte en alguien, puedes sentirte orgulloso de ti mismo y hacer que tu madre se sienta orgullosa de ti. Si te entrenas y trabajas duro, si te entrenas duro en el gimnasio y haces bien tu trabajo, si eres serio, puedes convertirte en un boxeador de alto nivel y ganar las

grandes peleas. Vas a hacer el [torneo de los Golden] Gloves y a ganarlo y a llevarte a casa una copa tan grande que tu madre y tu abuela no lo podrán creer, tan grande que llorarán sólo de pensar que has sido tú quien la ha ganado.

»Si te entrenas duro puedes viajar a muchos sitios; el equipo olímpico y los promotores querrán llevarte a su gimnasio; no puedes ni imaginarte los gimnasios que tienen, y van a regalarte los pantalones y las camperas deportivas, y la ropa, y la comida, tres buenas comidas al día y gratis. Tendrás la oportunidad de ir a sitios donde nunca soñaste ir, a Francia o a Inglaterra y a Europa para los grandes combates. ¡Pregúntale a Anthony si no es verdad! [Anthony asiente con la cabeza.] Pero para eso hay que trabajar duro. Nadie te regala nada. No va a bajar el Espíritu Santo. Hay que trabajar duro, entrenarse duro, todos los días: carreras, shadow, bolsas, hay que ser serio en el trabajo. Entonces todo eso puede ser tuyo.»

Estupefactos —y cuando menos fascinados— por esta parrafada soltada por un vehemente Curtis medio desnudo, Reggie y Luke bajan la cabeza y se ponen manos a la obra con seriedad y ardor renovados.

Los dueños de la calle

Sabemos que la inmensa mayoría de los boxeadores procede de ambientes populares y especialmente de la clase obrera alimentada por la inmigración. Por ejemplo, en Chicago, el predominio sucesivo de irlandeses, judíos de Europa central, italianos, negros y, más recientemente, de hispanos se corresponde directamente con la sucesión de estos grupos al final de la escala social²⁸. El aumento de boxeadores chicanos estos últimos años, perceptible de forma inmediata al consultar los programas del gran torneo amateur anual de los Golden Gloves, es la traslación directa de la llegada masiva de emigrantes mexicanos a las capas inferiores de la sociedad del Medio Oeste americano. Así, durante los combates de la final de 1989, dominados claramente por los boxeadores de origen mexicano y puertorriqueño, DeeDee me hacía la siguiente observación: «Para saber quién está abajo, sólo tienes que ver el boxeo. Los mexicanos ahora tienen una vida más dura que los negros». Un proceso similar de «sucesión étnica» se observa en los demás mercados pugilísticos del país, que son Nueva York-New Jersey, Michigan, Florida y el sur de California. A modo de confirmación local, en el momento de la inscripción cada miembro del Club Woodlawn Boys debe rellenar una ficha con preguntas sobre su estado civil, nivel de estudios, su profesión y la de sus padres y precisar si se ha criado en una familia sin padre o sin madre y el nivel económico de ésta: de las cinco categorías de ingresos codificadas en el